

y Buenos Aires— las que más crezcan. Y junto a las mercancías, llegarán las ideas y las nuevas prácticas. Las ciudades se llenan de academias, tertulias, sociedades de amigos, jardines botánicos, observatorios, laboratorios, clubes, etcétera, que ayudarán a preparar políticamente a los hombres que consumaron las independencias americanas tras la crisis de la monarquía de 1808. En unos años, las ciudades se convirtieron en los escenarios de un nuevo orden, constructor de más barrios y calles, plazas y símbolos, aunque no pudieron borrar la herencia hispana «a los cuatro vientos». Pues paseando por Zacatecas, Coyoacán o Santiago de Chile también pude comprobar como Díez-Canedo: «Que aún está en este rincón, / la vieja España dormida».—*SALVADOR BERNABÉU ALBERT.*

Viaje al corazón del imaginario barroco hispano

SEBASTIÁN DE COVARRUBIAS HOROZCO: *Tesoro de la lengua castellana o española*. Ignacio Arellano y Rafael Zafra (eds.). Madrid, Universidad de Navarra; Iberoamericana; Vervuert; RAE; Centro para la Edición de Clásicos Españoles. Madrid, 2006, 1639 pp. (contiene DVD).

Desde que Wittgenstein lo formulara por vez primera con extrema concisión, resulta una evidencia el que los límites del mundo se encuentran trazados para el hombre: no puede conocer y comunicar sino aquello que puede o se atreve a nombrar. En estas condiciones, el diccionario (o, mejor, enciclopedia o miscelánea) conocido como *Tesoro de la lengua castellana* de Sebastián de Covarrubias ofrece los contornos precisos de un mundo en líneas generales desaparecido y en buena medida ya indiscernible, si no fuera en estos sus depósitos e inventarios textuales que circunscriben, más que su realidad, su imaginario definitivamente museificado. La esfera de las palabras que en sus folios se constituye coincide aproximadamente con la esfera misma del mundo en cuanto así era co-

nocido entonces por el saber tradicional y la hermenéutica hispana a la altura de un muy significativo año de 1605, cuando tal «tesoro» de significaciones se comenzó a redactar. Su valor diacrónico, la pervivencia misma de sus definiciones y lecturas de realidad apoyadas en el interés técnico que le prestan las especulaciones etimológicas, y que resaltan los lexicógrafos (entusiasmados incluso ante las que son abiertamente falsas o imaginarias), palidece frente a lo que se nos presenta después de todo como su virtud mayor: dar cuenta de la significación que muchas cosas importantes alcanzaban a la altura de unos años —primer decenio del siglo XVII— en que tanto estaba cambiando gracias al giro epistémico que comenzaba a protagonizar el pensamiento cartesiano. Sin embargo, frente a estos vientos de modernidad que soplaban en el orbe occidental, el *Tesoro* no es, después de todo, el lugar sensible donde las cosas miran hacia su futuro premonitorio, y donde los significados estatuidos comienzan a ser erosionados por la duda escéptica o la crítica política, sino que, en todos los sentidos del término, estamos definitivamente ante un diccionario ideológico de carácter transmisor de tradición; una vasta enciclopedia construida por entero dentro del interior mismo del pensamiento conservador, y dominada por el paradigma teológico-político hispano en cuyo sistema Sebastián de Covarrubias alcanzó a conquistar una posición sobresaliente. Lejos de la figura técnica de un experto lingüista, este Covarrubias, como algunos otros de los miembros de su linaje (Diego, Juan...), fue intelectual, podríamos decir, «de estado», dados sus relevantes servicios en las cercanías de los aparatos ideológicos (como la propia Inquisición) e, incluso, en el entorno regio o en lo que constituye también su manifiesta adscripción a las facciones políticas constituidas en torno a los validos y sus proveedores de discursos de legitimación. Lermista, consultor inquisitorial, moralista, instructor y catequista de moriscos, promovido a ayo de príncipes... demasiadas cosas para que no queden huellas de ello en su trabajo «objetivo» en torno al *Tesoro*, y sin que éste reconvierta en un instrumento ideológico que, al cabo, descarrila hacia una muy hispana especulación logomáquica.

Leído desde nuestra posición post-enciclopedista, post-ilustrada, el *Tesoro* es un soberbio monumento «reaccionario». Mejor, monumento de la conservación, donde es sobre todo la imaginación que podemos des-

cribir como «mitopoética» la que vuelca su tremenda potencialidad para construir el mundo y dotarlo de un sentido todavía estable, *aereno*, lo que equivale a decir cerrado herméticamente a las amenazas doctrinales y a la temible acción desintegradora de la novedad, definitivamente erradicada de estas páginas que tienen a menudo todavía en la Biblia su más segura fuente de autoridad inspirada. En estas condiciones, el dispositivo teológico que sustenta esta obra magna constantemente sometida a la corrección y autocensura de su autor y miembro del aparato inquisitorial, es lo sustancial en la misma, y episódico en cambio el estado de lengua que técnicamente revela. El *Teoro*, así, no es —o no es sólo— una construcción objetiva que revela un uso social y extendido, sino que es también, y sobre todo, un viaje al interior de la mente barroca de un letrado absolutamente sobresaliente; revela menos una lengua y unas voces que un pensamiento, una manera de componer el sentido del mundo. Por ello, ésta su edición esperamos que definitiva (por lo menos para este siglo que entra) será puesta de inmediato, no como exclusivo pasto de los filólogos, sino, antes bien, de los historiadores del pensamiento, de los filósofos de la cultura y de los politólogos, sobre todo, muy interesados en fechar, tanto la emergencia de paradigmas nuevos (sobre todo del paradigma científico), como de datar los núcleos de resistencia ante ese gran complejo de conocimiento al que llamamos con palabra insegura *modernidad*.

El *Teoro*, hasta hoy, no había tenido la suerte que merece un monumento de cultura de estas proporciones, cualquiera que sea su adscripción ideológica y su puesto en el proceso de la emancipación humana. Sus anteriores emergencias y puestas al día no habían explorado todas sus posibilidades, e importantes zonas de su materialidad habían permanecido durante demasiado tiempo en el estado inseguro del manuscrito. Todas esas deficiencias han quedado atrás superadas por el gesto que significa develar lo oculto y poner sobre el campo de juego de la cultura todas las cartas de que se disponía. Deturpado, esclarecido, alumbrado e ilustrado por dos «héroes» de la investigación filológica a los que de antiguo no asustan las demasías barrocas, Arellano y Zafra, este documento total pasa por fin a ocupar un lugar central en las bibliotecas de los hombres de saber que se ocupan, más allá de la historia y avatares formales de las palabras, de la historia misma de los significados y del proceso siempre cam-

biente de nombrar de manera objetiva e informada la realidad.

Observado en su diacronía tal monumento ideológico, de nuevo emergido y visibilizado en nuestro campo cultural, compromete en su epifanía postmoderna tres operaciones bien diferenciadas y de muy distinto signo y calado. La primera es la más indiscutible y perfecta de todas, por cuanto supone editar aquel *Suplemento* que durmió inédito para la imprenta junto con las adiciones realizadas al propio *Tesoro* por Noydens (éste, de nuevo, no por acaso, otro clérigo con una clara visión teopolítica de la dirección del Estado crepuscular barroco). La segunda de las auténticas sorpresas y novedades de esta edición es su versión electrónica, la posibilidad fantástica que brinda de utilizarla ya como un texto, sino como un hipertexto, surcado de correspondencias, *links*, y abierto, por tanto, a la amplia posibilidad combinatoria y semántica que hoy ofrece el motor sináptico artificial, empresa ésta que debemos a la marca de fábrica intelectual *studiolum*, dirigida por el experto en cultura áurea Antonio Bernat. Empero, quizá el esfuerzo realizado tiene su leve, levísima, tacha en lo que es su tercera aportación. Aportación que para muchos parecerá, con todo, sustantiva y acaso su mayor virtud: la ambición y el exceso en una cierta *hybris* por parte de los excepcionales estudiosos que han puesto en pie esta empresa hercúlea les ha llevado a proveer a esta máquina lingüística de su particular «giro» y acompañamiento visual. La tentación era fuerte, sabiendo además que Sebastián de Covarrubias, en particular por su obra de literatura simbólica ilustrada, *Empresas morales*, era él mismo un hombre que ponía a la altura del primer decenio del siglo XVII un promisorio pie en la civilización de la imagen recién amanecida. Pero es el caso que el *Tesoro* mismo no pudo aportar en su día los elementos visuales que ahora se reponen a gusto de los modernos editores. De estas ilustraciones, de este otro «tesoro» visivo (éste para lectores de alfabetización pobre), sólo cabe señalar como su mayor problema la asincronicidad que inevitablemente manifiesta respecto del fondo mayúsculo de los registros verbales. Justamente, se trata de «ilustraciones», en el sentido depreciado en que hoy utilizamos la palabra, pues, en efecto, no hay una ilación cierta y una hermandad o «compañerismo espiritual» alguna, podríamos decir, entre tales imágenes y las entidades textuales. Las imágenes son «de la época», y con eso ya está dicho: no comparten de mo-

do sincrónico el mismo mundo de las palabras, distanciadas como a menudo están unas de otras hasta cien años hacia atrás o hacia delante.

Olvidándonos de esta concesión a la cultura visual, el trabajo de nuevo aquí realizado por Arellano y Zafra será de los que hacen época, o, mejor que hacerla, de aquellos esfuerzos que vertebran el sentido mismo que una época cobra de repente ante nuestros ojos, cuando sus fuentes más perdidas y embarradas comparecen como deturpadas y nuevas ante el tribunal de la actualidad.—*FERNANDO R. DE LA FLOR.*